

puede, en modo alguno, venir de la tolerancia oficial, tal como aquí puede darse, y que espera con disimulada impaciencia ver los resultados. Un teatro de cierto nivel se ha vuelto extremadamente difícil. ¿Qué le vamos a hacer! Hay cosas que sin un grado especial de sedimentación no pueden llegar a nada.

Pero aquí ni continuidad, ni seguridad, ni Cristo que lo fundó. Si un Ministerio termina antes que un trabajo de investigación y dramaturgia, ¿cuál es el teatro que debiéramos hacer? Se dirá: tengan ustedes en cartera esos atractivos resultados y expónganlos; si nos interesan, ahí tiene usted su oportunidad. Esas investigaciones o sondeos las hacen ustedes gratuitamente, por su cuenta y, naturalmente, sin estímulos ni garantías.

Pues no; estas cosas se hacen por encargo o no se pueden hacer. Con el apoyo personal de un director a quien se le ha involucrado contra presiones políticas e ideológicas o no se puede hacer. En un clima "familiar" de autonomía o no se pueden hacer.

¿Que se pueden hacer algún día? ¿Que se tiene toda la intención de hacerlo? Bueno, no lo dudo. Pero este, precisamente este proyecto no. Yo no conozco los del Ministerio, que pueden ser hasta buenos, si no excelentes, pero es el caso que la marea le ha cogido a uno por medio y no me parece sencillo explicar lo difícil que es para estas cosas "cambiar de dueño", de sistema administrativo, de personal técnico. ¿Y cuántas veces se transformará en el meollo de su estructura económica e ideológica ese complejo de los Teatros Nacionales? Sospecho que será tantas veces cuantos Gobiernos haya. Y la verdad, si lo realista es demostrar una pesimista adaptabilidad —porque estamos en España y ¡qué se le va a hacer!— con esa adaptabilidad no creo que se consiga mucho. También me parece difícil explicar que un éxito no vale lo que otras cosas. ¿Qué cosas? Mírese con atención el mejor teatro europeo y se sabrá.

Soy ingenuo, pero no tanto como para no sospechar que esta frustración regocijará a los duros profesionales realistas y adaptables. Los seguros, los batalladores, los que no piden gollerías y los que nunca trabajaron en paz.

Sí, estoy de acuerdo: lo que no se puede hacer "no se debe hacer". Por eso, como los niños culpables yo repetiré: "No lo haré más". ■ F. N.

MARY PICKFORD, "LA NOVIA DE AMERICA"

LA más universal de las estrellas del cine mudo, la ingenua, la dulce Mary Pickford, ha muerto a los ochenta y seis años de edad en un suntuoso sanatorio de Los Angeles. "Little Mary", como la llamaba enternecidamente el público cinematográfico de los años diez y veinte, fue quien mejor supo aglutinar el ansia de protección de esos espectadores que se identificaban con las tragedias que la Pickford sufría en la pantalla. No en vano fue con la "America's sweetheart" ("La novia de América") con quien se inventó la fórmula narrativa de "salvada en el último instante". Porter, Griffith, incluso De Mille participaron en el lanzamiento de esta actriz y de la imagen que nunca pudo abandonar. Los altísimos sueldos que le pagaban creó la base del posterior "star system", de la consideración de la calidad de un actor en función del sueldo que percibe. Era necesario divulgar los dólares semanales que cobraba la actriz para que el público se asombrara más y más con su talento. Aunque ese talento interpretativo no existía realmente. Lo que Mary Pickford sí tuvo durante toda su vida fue una inteligente visión del mundo de los negocios. En cuanto pudo participar en la producción de sus películas, agrandó su imagen de ingenua de "rizos de oro" y buscó guiones más truculentos y facciones donde su virtud peligrara, pero al final siempre fuera salvada por el inevitable príncipe azul. Y cuando la Pickford vio con horror que su popularidad era combatida fuertemente por la del entonces principiante Charles Chaplin, se alió con él fundando una importante compañía de producción, la "United Artists", donde también figuraba el actor Douglas Fairbanks, con quien Mary Pickford se había casado. No había que dejar cabo suelto para que la fábrica de dinero que el cine comenzaba a ser la hiciera a ella principal beneficiaria.

No era tan romántica como el público creía. Si sus películas "Papaito, piernas largas", "Almas en la cumbre", "Por la puerta de servicio", "El pequeño lord", "Polyana", "Sueño y realidad", "Rosita, la cantante callejera", "Rebeca" o "La maestría" daban la imagen ya citada de mujer desamparada, la publicidad de los periódicos destacaba los conflictos privados de su matrimonio con Fairbanks, que era en el cine la imagen del luchador, aventurero y cínico galán que más tarde imitarían cientos de actores america-



nos. Era una publicidad fomentada por la propia Pickford y que podía mantenerse si no aparecían juntos en la pantalla. Lo hicieron, sin embargo, en "La fierrecilla domada", uno de los éxitos de taquilla más alucinantes de la época con una vez bastaba. Todo estaba montado y bien montado. No había opción para la duda. Cuando llegó el cine sonoro y Mary Pickford apareció hablando en "Coqueta" (1929), el público se sintió decepcionado. Ya no era la muda chica angelical a la que tanto habían querido proteger. Ni el tiempo ni el sonoro la habían respetado. Sin dolor ni el más leve pestañeo la Pickford se refugió entonces en su despacho de vicepresidente de la United Artists y continuó la producción de películas que años más tarde prolongó a la de series televisivas. Divorciada ya de Douglas Fairbanks, su imagen pública no debía ser tan cuidada. Hizo por fin lo que le vino en gana. El público fue lentamente despreocupándose de su vida privada, entre otras cosas porque la propia Pickford orientaba la publicidad de otras vidas —las de los actores que trabajaban a su servicio—, con el gran lema de hacer dinero donde hubiese la menor oportunidad.

Se siguieron viendo las películas de la "Novia de América" en cinematecas. Responden a la imagen de una época histórica que el cine protagonizó en cierta medida. Producen, lógicamente, sonrisas y en algún caso aburrimiento, pero en ellas está el germen de lo que el cine americano ha sido durante los años siguientes. Sólo con la dificultad de quien se niega a aceptar la realidad, aquellas fórmulas lacrimógenas de los melodramas de la Pickford han ido dando paso a otras posibilidades. Ahora ya han muerto casi del todo, pero pueden resurgir en cualquier momento. Porque la Pickford negociante ha dejado muchos herederos que continúan implacables en su control del gusto del público. ■ DIEGO GALAN.